

intuitivo, simple, por el que el sujeto se pierde en la coincidencia con su objeto, y esa recuperación que el sujeto hace de sí mismo al distanciarse para lograr expresarlo. Cómo expresar la experiencia del contacto sin que lo expresado sea ya expresión de un recuerdo. Pues, al igual que un ser amado, la realidad se pierde tanto por no penetrar en ella, por quedarnos fuera, como por poseerla, por perdersen en ella. La coincidencia con el objeto en su devenir, en su ser-lo-que-es, parece negarle al sujeto la posibilidad de su expresión. *Saber* (ser-con) es enmudecer. Situarse en el flujo supone vaciarse de los conceptos que predisponen a una comprensión asociativa y organizada de antemano. Ser-con supone hacer un vacío. Pero, de ser así, dado que toda expresión, incluso la poética, requiere, como bien dice Zambrano, cierta «violencia» y cierto espacio, ¿dónde pues hallar en aquel vacío distancia, la distancia suficiente y necesaria para la expresión? Y esto sobre todo cuando la realidad a la que nos referimos y que tratamos de expresar, como es el caso tanto de Zambrano como del Zen, es la del propio ser del hombre.

En este caso el «justo medio», el medio efímero del encuentro, aquel en el que los conceptos de subjetividad y objetividad dejan de tener sentido, es un acto: el de «darse cuenta». Es tan sólo un instante en el que la conciencia que ha permanecido alerta acierta a vislumbrar aquello en/con lo que está, o mejor dicho, en/con lo que está siendo. Para el Zen esto se llamaría *satori*, para Zambrano se llama «despertar». Pueden tener lugar muchos *satori*, muchos «despertares» a lo largo de una existencia. Son hitos en el camino, un camino cuya meta se distingue siempre lo bastante como para que el caminante no se extravíe demasiado, un camino que debe andarse con pasos ágiles y atentos, seguro solamente del paso que se está dando. Toda senda se ofrece levemente, nunca se impone.

El «justo medio» es un acto de discernimiento espontáneo en el que se logra la difícil armonía entre la propia decisión y la escucha. Es saber dirigir la vista hacia un horizonte sin que se difuminen o se escapen esos signos medianeros que siempre guían en las encrucijadas. Es, al fin y al cabo, saber discernir cuánto de deseo o de capricho empaña la voluntad, y cuánta voluntad corresponde al cumplimiento de un destino al cual, no obstante, según dice Zambrano, puede el hombre negarse, como puede negarse a despertar.

El *satori* y el «despertar» son conceptos que, por una parte, muestran la vida humana como un proceso que responde a una exigencia de transformación y, por otra, ponen de manifiesto la naturaleza ambivalente de la conciencia, ese su poder de disociación que de por sí supone y apunta a una unidad esencial. El «*satori*», dice Suzuki<sup>4</sup>, «es la unidad que se divide en sí misma en sujeto-objeto y, no obstante, conserva su unidad en el mismo momento en que se produce el despertar de una conciencia». La clave de esta transformación parece hallarse en estos actos espontáneos en los que se realiza de una forma inmediata la unión de ciertos contenidos significativamente opuestos o incompatibles, trascendiéndose un estado dual. El *satori*, en este sentido, es un salto fuera de tiempo. La unión de los opuestos ha de darse necesaria-

<sup>4</sup> D.T. Suzuki; El Ambito del Zen, Kairós, Barcelona, 1981.

mente en un «hueco de temporalidad» pues en toda experiencia de simultaneidad el tiempo se suspende. Si el tiempo es el ámbito de la lógica y la lógica el armazón del tiempo, es de suponer que las constantes lógicas únicamente podrán ser transgredidas —y trascendidas— fuera de él.

Zambrano habla de ciertos «estados de lucidez» como de la «aparición de una unidad de sentido en que el tiempo, sin desaparecer, ha sido trascendido por esa unidad en que el principio está informado por el fin»<sup>5</sup>. En tales «huecos» surge la conciencia no como discurso sino como visión inmediata. Este es también el estado de atemporalidad de lo que llama Zambrano «sueños reales» o sueños creadores de la persona. No se trata de la atemporalidad de los «sueños de la psique» o «sueños de orexis» en los que el sujeto es objeto de su sueño, sino aquella otra atemporalidad en la que el sujeto se halla en íntimo acuerdo consigo mismo dejando a la vez de ser sujeto de sí mismo.

Realizar esta unidad de sentido a partir de los opuestos será siempre un acto inmediato en el que la persona toda entera participa. Tal vez pudiera hablarse, para esta comprensión integral, de un conocimiento «prerracional» si con ello entendemos un conocimiento previo al discursivo y del que el discurso será reflejo, con todas las limitaciones que el lenguaje supone, destinado a hacer participar a los demás, en alguna medida, de ciertos estados particulares.

Epistemología y ontología convergen, pues, desde un punto de vista descriptivo, en ese instante en el que el tiempo se detiene y se efectúa el mutuo encuentro sujeto-objeto: una unidad de ser a ser puede darse entre el hombre sumido en la admiración y aquello que admira; pero cuando el objeto es la propia conciencia, esa misma conciencia que a ratos admira o anticipa, recuerda, desea, desespera o se apaga, tendrá lugar, a partir de la autoconciencia, lo que con más propiedad entonces se denomina *satori* o «despertar».

Guiando este proceso de autoconciencia, los movimientos fundamentales adoptan denominaciones diversas según el cariz que pretendemos darles: pregunta y respuesta, ida y venida, síntesis y análisis, ser y devenir, conocimiento y amor. Veremos cómo cada una de estas significaciones dicotómicas corresponden por su dialéctica intrínseca a un mismo y único movimiento por el que el hombre, en cuanto que sujeto y objeto de sí mismo, tiende a la integración de su ser.

Formular una pregunta esencial es ex-ponerse: aquel que formula la pregunta que en él ha nacido se exterioriza, se hace exterior a sí mismo. En ello consiste la función de exorcismo que tiene la palabra, tan conocida y utilizada terapéuticamente desde los rituales paganos y cristianos hasta las múltiples modalidades de la psicoterapia actual. La palabra es exorcismo porque es vaciamiento, un vaciamiento del exceso de sentido que produce angustia o violencia<sup>6</sup>, vaciamiento de ese «sí mismo» (individuo, personaje asumido) que se convierte en una carga demasiado pesada. La palabra es mediadora, instrumento para el descubrimiento del propio vacío, para el encuentro con lo más auténtico que queda de *uno mismo* en tal vacío.

<sup>5</sup> María Zambrano; *El sueño creador*, Turner, Madrid, 1986.

<sup>6</sup> J. Kristeva; *Al comienzo era el amor*, Gedisa, Barcelona, 1987.

La pregunta es por tanto una salida, un movimiento hacia fuera, con una finalidad: reconocernos. Reconocer esa parte oscura de nosotros que —así lo suponemos— sólo seremos capaces de integrar mediante una respuesta satisfactoria. Lanzamos entonces la pregunta a modo de boomerang confiando en que volverá trayéndonos la presa. Sólo que, mientras esperamos recibirla, no podemos darnos cuenta de que la respuesta está, como la vuelta del boomerang, en la raíz de la propia pregunta: en el acto de preguntar, pues toda pregunta esencial lleva en sí la energía que la hace brotar, y esa misma energía es la respuesta. Así que, dirigiendo la atención a la pregunta —no a lo que se pregunta— puede hallarse la respuesta y entender que no hay ni pregunta ni respuesta en realidad, sino tan sólo aquello que las hace brotar a ambas.

Ahora bien, formular una pregunta es convertirse en sujeto; una pregunta siempre requiere un sujeto. Y ser sujeto es a su vez ser negado en parte: yo no soy —o no me sé ser— aquello por lo que pregunto. El objeto nace con la pregunta, de manera que el alumbramiento, el acto de dar a luz no es propio tanto de la respuesta como de la pregunta. El objeto surge como resultado inmediato de esta separación que el acto de preguntar supone.

Este movimiento siempre reactivo de la autoconciencia parece seguir el mismo principio que el que impulsa el intelecto al análisis y a la síntesis. «El intelecto humano», dice Suzuki<sup>7</sup>, «siempre quiere analizar y también unir, por ejemplo, el proceso de salir y regresar, pero al mismo tiempo ser uno. Esta es nuestra comedia y tragedia humanas, y el mundo no es más que la manifestación de estas dos fuerzas». En un contexto paralelo —el del psicoanálisis—, J. Kristeva afirma<sup>8</sup> que el análisis es «un aprendizaje de la separación» como desdoblamiento y como pérdida. Desdoblamiento y pérdida de ese sí mismo excesivo que en su multiplicidad siempre es fuente de conflicto. Es necesario, dice, reconocerse en pura pérdida a fin de poder establecer vínculos, amores, a fin, pues, de reencontrarse y descubrir al otro en uno mismo, abrirse a las «múltiples experiencias de reencuentro» con «los diferentes, los semejantes», esos que son también los «diferentes, los semejantes» en mí, esos que yo soy en mi multiplicidad; mis «personajes», diría Zambrano, esos que la persona ha de integrar para ser, para llegar a ser después de padecer su carencia, su ser-a-medias.

Sin personajes —sin multiplicidad— no hay actuación ni espectador. Es menester la partición: la diferencia: el análisis, para que haya espectáculo; son necesarios los distintos estados de conciencia para que la conciencia se manifieste como «algo» y más adelante, paradójicamente, como vacío. Es necesario el tiempo, en fin, para que haya eternidad; hacerse tiempo y jugarse la vida con sus propios dados: los acontecimientos, como el niño de Heráclito. El hombre que acepta su libertad se hace tiempo. Es capaz, entonces, de realizar conscientemente su «argumento» que es, en el lenguaje zambraniano, la historia de cada personaje. La conquista de lo que llama Zambrano la «persona» se realiza precisamente a través de esta multiplicidad, en el devenir, con el conflicto que cada personaje arrastra inevitablemente. Los conflictos —las dicotomías— propiciarán incluso la conquista de la persona, pues toda situación máxima-

<sup>7</sup> D.T. Suzuki; Op. cit.

<sup>8</sup> J. Kristeva; Op. cit.